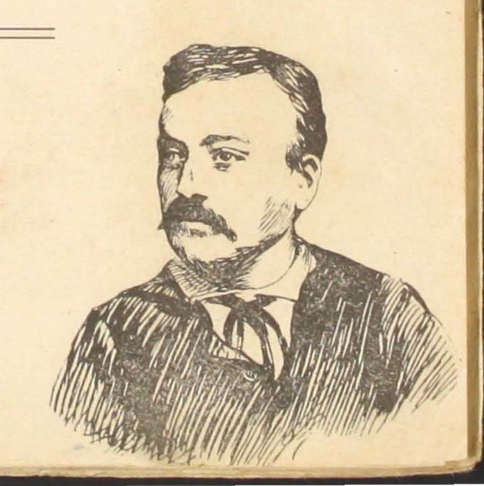
Los pequeños grandes libros. = 8

JUAN GRAVE

EDUCACIÓN BURGUESA Y EDUCACIÓN LIBERTARIA

25 cénts.



PRESA Y ROSÓN, editores
115, HOSPITAL, 115
BARCELONA

EDUCACIÓN BURGUESA
Y EDUCACIÓN LIBERTARIA

Sociedad General de Artes Gráficas.—Calle Balmes, 58

Los pequeños grandes libros.—8

JUAN GRAVE

EDUCACIÓN BURGUESA Y EDUCACIÓN LIBERTARIA

Traducción de J. Ruipérez



BARCELONA

Presa y Rosón.—Editores
115 — HOSPITAL — 115





EDUCACIÓN BURGUESA

— Y —

EDUCACIÓN LIBERTARIA[1]

¡Camaradas!

(Con intención empleo aquí la palabra camaradas que, careciendo de género, expresa perfectamente mi pensamiento, reuniéndonos á todos bajo un apelativo común, suprimiendo las distinciones de edad y de sexo, que no deben existir cuando nos reunimos para una obra de estudio ó de propaganda).

¡Camaradas, pues!

Antes de deciros lo que serán los cursos

(1) Trabajo leído por el compañero Juan Grave en la sesión inaugural de los cursos de educación libertaria, el 12 de febrero de 1900, en el Hotel de la Sociedades Sabias.

que anuncia esta reunión, tal vez sea bueno contaros la parte histórica de la idea que aquí nos ha traído.

En diferentes circunstancias, muchos de nosotrrs habíamos tenido ocasión de oir las lamentaciones de padres de familia que deseaban, para sus hijos, una instrucción sana y lógica, quejándose de no poder encontrar esto en la sociedad actual.

Todos sabéis lo que es, lo que ha sido la educación, y no somos nosotros los únicos en reconocerlo, pues numerosos burgueses de los más consumados empiezan á su vez á comprender los inconvenientes de la enseñanza de hoy.

La educación, acaparada por el Estado, no pudiendo darse sino bajo su autorización, habiendo hecho una casta especial de los que se hallan encargados de enseñar, parte de la original verdad que dice que el hombre es un ser perezoso que no piensa ni obra sino bajo la presión de la necesidad, y ha encontrado el medio de cambiarlo todo en error, oponiendo obstáculos á la satisfacción de las necesidades y llegando á substituir por sus voluntades y

sus métodos los métodos y voluntades de la necesidad misma.

Y desde este momento, en lugar de tratar de desarrollar la necesidad de aprender que reina en todo individuo, en lugar de inspirarse en los resultados adquiridos para facilitar la investigación á toda conciencia despierta, en lugar de hacerle atrayente la tarea, ha convertido la educación en un instrumento de tortura, han pretendido inculcar por fuerza, en la cabeza de las gentes, unas ideas que ni siquiera estaban seguros de comprender ellos mismos, de modo que han llegado á repugnar aun á los más sedientos de aprender.

Este sistema, que procuraba el resultado de conformar los cerebros á gusto de los educadores, de matar la iniciativa del discípulo, atiborrándole de ideas hechas, no pidiéndole más que memoria, y no espíritu crítico, hasta teniendo buen cuidado de ahogar este último, cuando quería entrar en acción ó ensayarse, esta educación respondía demasiado bien á los deseos de los que se han dado la misión de encaminar á la humanidad, para que no tratasen de ampliarla y de perfeccionarla en este sentido.

***

«Inculcar el espíritu de obediencia, de sumisión á los maestros, aniquilar la voluntad propia ante la de una autoridad superior, siempre abstracta, pero representada por seres de carne y hueso; el sacerdote, los graduados de todo pelaje, paisanos ó militares; el gendarme, el juez, el diputado, el agente de policía ó el rey, en caso de necesidad, el traje galoneado del escribiente de oficina pública».

He ahí cuál fué la tarea de aquellos á quienes incumbió el cuidado de educar á las jóvenes generaciones.

Hoy, ya conocemos los resultados.

De tal modo han llegado á triunfar, que los que debían sacar de ello el beneficio comienzan á quejarse, atacados á su vez del mal que hubieran querido no ver propagarse sino sólo entre aquellos á quienes explotan.

Su obra se ve bien clara; hombres pretendidos inteligentes, haciéndose los defensores de lo falso, de la iniquidad y de la mentira, para tratar de devolver algo de vida á las ins-

tituciones decrépitas que se van tornando anémicas bajo el efecto de la autoinfección de sus propios principios, no dándose cuenta de que contribuyen á demolerlas más y más.

Y siglos y siglos hace que nuestra pobre humanidad sufre esta compresión; una tras otra, las generaciones han debido dejarse amasar el cerebro, recitar como artículos de fe las divagaciones de los que se habían convertido en maestros suyos.

¿Cómo el espíritu crítico ha podido resistir esta formidable compresión?

Porque, después de todo, si bien se ha hecho muy fácil obtener una sumisión aparente de los individuos, es imposible llegar á su pensamiento íntimo; y no pertenece al individuo mismo el cambio de pensamiento.

Se le puede obligar á obrar de un modo de acuerdo con su manera de pensar; hasta se le puede obligar á obrar por sí mismo—¡cuán numerosos son los ejemplos de esto!—en contradicción con todos sus modos de razonar.

Nunca le faltarán argumentos más ó menos sutiles para probarse que tenía toda clase de razones para obrar como obrara.

Mas la necesidad misma de justificarse implica descontento de sí mismo.

Y he aquí por qué, de vez en cuando, se elevan algunos gritos de protesta contra el error, contra la mentira.

***

Pero, si el carácter intelectual del ser humáno pudo, refugiándose en su fuero interno, resistir á la compresión y al impedimento, no ha sucedido lo propio con su carácter moral.

En lugar de la gran franqueza, de la independencia de carácter que deben ser naturales en el hombre, puesto que se las encuentra muy desarrolladas en los pueblos no contaminados por nuestra pretendida civilización—verdad es que los acusamos en caso tal de groseros é insociables,—en todas partes encuéntrase el respeto de las conveniencias que se desprecian interiormente, pero nadie se atreve á sacudir, en el temor de morir de hambre—lo que es ciertamente digno de ser tenido en cuenta—y también porque el hacerlo le pon-

dría á uno á mal con esta ó aquella persona con quien no se quiere reñir; por temor, más generalmente de parecer original, como si ese no fuera el fondo mismo del desarrollo de nuestra individualidad.

Así, pues, en lugar de tender á elevarse, en vez de tratar de salir del rebajamiento general, no se tiende más que un fin: no desentonar en medio de la borrosidad circundante.

En todas partes hay gentes que, por no tener que luchar por su existencia, tratan de unirla al famoso carro del Estado.

En todas partes hay la misma opresión sufrida por los individuos, porque se les ha hecho creer que se oprimirían mutuamente si nadie se encargara en especial de tal cuidado.

En todas partes los que producen soportan la miseria, una miseria que lleva á la muerte, porque la autoridad, como buena protectora de los privilegiados, ha hecho creer á los explotados que se verían obligados á disputarse los frutos de su trabajo, si una organización tutelar no se encargase de arrebatarles la mejor parte.

Y así van marchando nuestras sociedades,

civilizadas, así llamadas sin duda porque la policía es su más firme sostén [1].

No pudiendo impedir á la ciencia abrirse paso, nuestros maestros la han canalizado, han puesto trabas á su expansión, la han reservado cuidadosamente para los de su casta, no dejando llegar á los explotados sino lo que era imposible ocultarles, pero desnaturalizándolo y llenándolo de prejuicios absurdos, á fin de falsear la concepción de aquellos á los cuales llegaba de tal manera sofisticada.

Y estos prejuicios, estas ideas hechas, estas nociones falsas nos son de tal modo incorporadas, que las traemos por así decirlo al nacer, las recogemos á lo largo de nuestra existencia y se convierten en otros tantos obstáculos de nuestra emancipación intelectual.

Porque, cuando el papel del poder resulta aún más nefasto, es cuando obra por persuasión.

El exceso de poder engendra á menudo la rebeldía, pero ¿qué recurso puédese tener con-

(1) Hay aquí un juego de palabras, consistente en la semejanza que existe, en francés, entre las voces *policer* (civilizar) y *police* (policía).

tra los que abusan de nuestra ignorancia para falsear nuestro juicio?

* * *

Se nos asegura de todas partes que vivimos bajo un régimen de libertad.

Y es innegable, en efecto, que, en muchos casos, podemos decir muy alto y firme lo que pensamos, lanzar alguna verdad en la farsa del sistema que nos aplasta.

Resultan, es cierto, de esto, de vez en cuando, algunos meses de prisión, como advertencia, á los que se dejan arrastrar demasiado lejos, medida que les recuerda que la autoridad no abdica nunca; pero la prisión política no es muy á propósito para espantar á nadie, y en ocasiones hasta puede ser tan útil que algunos la desean.

Actualmente se puede, pues, proclamar la verdad, ya que el presidio y la muerte violenta no existen sino para los que, cansados de hacer de ella una abstracción, tratan de convertirla en una realidad.

Y, después de todo, si bastase dar la vida

para que una verdad si hiciera paso, ello no sería ningún impedimento; el camino del progreso está cubierto por los cadáveres de los que no pudieron resistir al impulso que les empujaba á tener razón contra su época.

Pero si, desde el punto de vista judicial, se arriesga poco haciéndose el campeón de la verdad, si se puede tener razón contra el poder político, no ocurre lo propio con la organización económica, que ha crecido en fuerza y en poder.

Y la verdad es que resulta incalculable lo que ha sabido poner de trabas y cadenas al pensamiento humano.

¿Cuántos, incapaces de resistir á la miseria prolongada, sabrían morir bravamente en la lucha?

¿Cuántos la sabrían soportar, pero, cogidos por los deberes familiares, han de aplastar las veleidades de independencia, que tenderían á deslizarse en sus actos, en sus palabras, en sus escritos?

¡Libres, sois libres! Sólo que, como no podéis vivir sino alquilando vuestra fuerza de producción, y los que la emplean no quieren que nada sea alterado en el magnífico orden

de cosas que les hace explotaros, los que soñarais con turbar tan bello estado social, os veréis libres... de moriros, de moriros de hambre, el trabajo habrá acabado para vosotros.

***

Así, pues, ayudada por el temor del mañana, la educación oficial ha matado tan bien las individualidades, deprimido los caracteres, debilitado las energías, que los mismos burgueses se ven obligados á protestar y tratan de obrar contra ella, creando para los suyos, junto á lo que los otros hicieran, una educación encargada de despertar las energías dormidas, de suscitar las iniciativas deprimidas.

Citemos, por ejemplo, á Demolins, el cual, en un libro que ha producido sensación, anuncia la apertura de una escuela de este género.

«Suscitar las preguntas del alumno, descubrir sus aptitudes para dirigirlas, en lugar de poner uno ante otro á un inferior (el alumno) y un superior (el maestro), hacer que el alumno sienta en sí una personalidad enfrente de otra

al mismo tiempo que se abre su inteligencia, ejercitar sus músculos en trabajos manuales que le pongan en situación de saber hacer uso de sus miembros, despertar su emulación por el atractivo de lo que se le enseñe, y no por recompensas y castigos siembre arbitrarios».

He ahí lo que propone Demolins, he ahí lo que nosotros queremos también, y que no hemos inventado ni él ni nosotros, pues ya la señorita Dupont lo practica desde hace diecisiete años en su escuela profesional, y es también practicado en Inglaterra, á juzgar por los ejemplos que cita el propio Demolins.

Sólo que este señor cree en la legitimidad de la propiedad individual, está convencido de los derechos del capital; las energías y las iniciativas que piensa despertar son las de los manejadores de capitales que no retroceden ante ninguna innovación cuando se trata de hacerla devolver el máximo, no dejándose detener por ninguna consideración sentimental cuando su interés anda en juego y acostumbrados á no ver en el personal que emplean sino útiles que se arreglan ó se desechan cuando están rotos.

¡Ah! sí: el señor Demolins cree en Dios.

Pero nosotros sabemos que el amor de Dios no impidió nunca á nadie esquilar santamente los corderos que le confiara su voluntad todopoderosa.

Por consiguiente, el Sr. Demolins nos prepararía una bella generación de jóvenes señores que se encargarían de apretar el tornillo al proletariado, si los acontecimientos, más poderosos que la voluntad humana, no cambiaran el curso de las cosas.

---

*

Este deseo, esta necesidad de salir de la educación embrutecedora del Estado, dió á algunos de nosotros la idea de tratar de crear un embrión de escuela, donde los hijos de los camaradas encontrasen una educación sana y racional.

Pero las causas económicas, de las cuales hablara no há mucho, han hecho de las suyas. Después de dos años de propaganda, no tenía-

mos en caja más que 1.800 francos, cuando se hubieran necesitado 30.000.

Ciertamente que, al principio, no nos hubiesen detenido las dificultades; sabíamos que emprendíamos una obra para la cual se necesitaba grande energía; pero de esta manera, nos exponíamos mucho á no abrir la escuela sino cuando nosotros hubiésemos vuelto á ser niños.

Otro inconveniente: ¡se apartan los individuos con tanta facilidad de las cosas que amenazan prolongarse!

Para interesar á las gentes, éranos necesario poner algo en pie, indicarles ya un principio de realización.

Los cursos nocturnos eran menos costosos de establecer.

No pudiendo hablar á los pequeñuelos, hablamos á los grandes.

Si consiguiéramos realizar todo lo que concebimos, tal vez encontrásemos, á consecuencia de ello, los concursos necesarios para llevar á cabo nuestra idea principal.

Desde luego, el programa que os presentamos es bastante limitado. Como en breve os

lo explicará el amigo Quielard, al hablaros de los asuntos que en él serán tratados, infinito es el número de los conocimientos humanos, y nuestros seis pobres cursos dan de él una ruin idea.

Pero se trataba ante todo de comenzar. No nos hemos detenido en la sencillez de nuestra lista. Una vez dado el ejemplo, ya vendrán las adhesiones. Tenemos ya algunas promesas en tal sentido. Cada año, convencidos estamos de esto, podremos añadir algún asunto nuevo á las cosas enseñadas, un nuevo nombre á la lista de los seis camaradas del primer momento.

***

No es que falten gentes capaces de tener una visión clara de las cosas.

Pero, y nunca insistiremos lo suficiente en este sentido, las condiciones económicas son tales, que la mayoría no pueden decir en voz alta lo que piensan, y el simple hecho de venir aquí á tratar de explicar su manera de concebir las cosas, habríales colocado en la imposibilidad de encontrar dónde ganarse la vida.

Cuando se es solo, se puede pensar en permitirse el lujo de ser independiente.

Lo cual no depende de uno cuando otros seres dependen del trabajo de uno.

Y como el estado de nuestra caja no nos permite pagar las buenas voluntades que solicitamos, las dificultades están pronto comprendidas.

Mas otras personas hay que no tienen las mismas excusas.

En las ciencias, en las artes, en la literatura, son muchos los que se dejan arrastrar á confesiones edificantes, á dar forma á nuestras conclusiones, á expresar nuestras aspiraciones, á hacer más acerbas las críticas que formulamos contra la organización que nos aplasta.

Sólo que, cuando se les va á pedir que se unan á los que tratan de realizar estas aspiraciones, que luchen por la causa de los males tan bien descritos, que apliquen al régimen económico las verdades científicas tan claramente expresadas, la mayoría de ellos huyen espantados.

Quieren, sí, consentir en formular verda-

des, mas á condición de que no se trate de sacar de ellas ninguna aplicación práctica: Justicia, Progreso, Solidaridad, Iniciativa, grandes palabras con las cuales quieren, sí, trampear, á las cuales, si es menester, unirán dinero; mas á condición de esto sea siempre para ellos materia de discursos. Se echan á un lado el día que individuos bastante torpes quieren hacer de ellas verdades sociales, en el orden económico así como en el orden político.

***

Nuestros cursos no tienden á hacer especialistas. Nuestra ambición fuera permitir á cada uno la adquisición de las nociones generales en cada rama del saber humano, nociones claras y precisas que, haciéndoles abrazar la complejidad de las cosas, les permitan formarse de ellas un juicio seguro, lógico y racional.

No faltarán sin duda intelectuales que nos traten de tipos á lo *Bouvard y Pecuchet* (1).

(1) Famosa novela, obra póstuma del gran novelista naturalista francés, Gustavo Flaubert.

Mas si Flaubert era un gran literato, era en cambio reaccionario en muchos puntos; y, lejos de burlarme de los dos personajes creados por el novelista, reservo mi desprecio para los que se apropian algunos fragmentos de saber que deben á su situación privilegiada para burlarse de los que hacen cuanto pueden por salir de la ignorancia á la cual quisiera condenarles nuestro estado social.

***

Durante largo tiempo—hoy todavia—se ha creido que el hombre era un animal raro, caprichoso, holgazán, qne no ejecutaba nada racionalmente, que no obraba sino bajo la presión del castigo ó la promesa de la recompensa, y al cual era menester, desde los primeros momentos, someter á la disciplina, acostumbrar á la coerción.

Los economistas, gentes muy doctas—ellos lo afirman—han hecho un aforismo para justificar el estado social actual.

«El hombre—dicen—busca el placer y huye del dolor.»

Sólo que añaden:

«Siendo el consumir un placer, siempre el producir es un trabajo, y el hombre entregado á sí mismo quisiera siempre consumir y no producir nunca.»

«Es necesario, pues, dárselo todo á los unos y no dejar nada para los otros; de esta manera siempre habrá algunos obligados á trabajar.»

Pero el axioma de los economistas no es verdad sino á medias.

Muy natural es que el individuo se vuelva hacia el lado del menor esfuerzo.

Obligar á los otros á trabajar en provecho de uno, á permanecer en la ignorancia del bruto, cuando sus facultades tendían á la conquista de sus alimentos, podía parecer una solución muy deseable, y no se ha considerado un delito el aplicarla; hasta ha podido durar esta costumbre, sin grandes esfuerzos mientras las gentes fueron bastante necias para prestarse á esta solución.

Sólo que cada cosa tiene sus inconvenientes, cada acción pide su reacción.

El trabajo, que debiera ser un placer, una

gimnasia para los músculos, un alimento de la actividad, por el hecho de verse algunos obligados á producir para todos se ha convertido, por el contrario, en un verdadero trabajo ocasionador de un sufrimiento tanto mayor cuanto que es impuesto, no por las necesidades, sino por condiciones independientes de la voluntad de cada cual.

Y los que están sujetos á él no quieren prestarse á él.

Entramos en la fase en que la ley del menor esfuerzo obligará á nuestros directores á trabajar á su vez en la satisfacción de sus necesidades personales.

***

Todo se encadena en el estado social.

Los que organizaran la enseñanza, partieron de los mismos principios que contribuyeron á la revolución económica. Tan inteligentes fueron los unos como los otros.

El estudio, que había de haber sido una distracción para necesidad de aprender que posee todo ser de facultades sanas, ha sido hecho tan

árido, tan rudo, que es, para nuestro cerebro, una pena tan dura como el trabajo de producción para nuestros músculos.

No se ha preguntado á las inteligencias lo que querían conocer, lo que eran susceptibles de asimilarse. En lo que parecía más conocido, eligióse lo más simpático á las necesidades de los que, haciéndose educadores, crearan un *potpourri* que se ha tratado de hacer entrar, de grado ó por fuerza, en los cerebros más rebeldes, sin inquietarse por los que morían.

Luego, como la mayor parte se revelaban contra esta alimentación indigesta, como algunos protestaran de los métodos de ingurgitación, dióse una autorización para declarar doctoralmente que el hombre no es sino un ser ignorante, que no aprende más que por miedo al castigo, habiéndose éste considerado en todo tiempo como una razón suprema.

Y, desde hace miles de años, así es la educación humana.

Inútil admirarse después de èsto de que el hombre sea vanidoso y rastrero—lo uno no excluye lo otro.

Lo que debe admirarnos mucho más es el que no está completamente pervertido.

Es que resulta más fácil establecer un programa y decretar que todos habrán de atenerse á él que estudiar las aspiraciones de cada cual y encontrar el método que le sea ordenado.

Siempre habrá espíritus débiles que se sometan á las órdenes recibidas. Si, en el camino, se rompen los caracteres independientes, mejor para el orden social, que no admite que se le discuta.

Lo que habrá de bueno en los resultados obtenidos será atribuido al modo de proceder; los resultados nefastos no pueden atribuirse sino al carácter vicioso de la bestia humana.

Así se establecen las opiniones.

---

*

Una educación verdaderamente racional, capaz de desarrollar las inteligencias y—lo

que es aún más difícil—capaz de formar los caracteres, debe estar, pues, exenta de las recompensas como de los castigos.

Cuando la edad del que aprende no le permite comprender que la necesidad de adquirir ciertos conocimientos es una de las condiciones del desarrollo de su ser, el atractivo del trabajo emprendido debe ser el único móvil que á ello le impulse.

La educación racional debe tener en cuenta las preferencias y las repugnancias del individuo.

Su objeto no es crear aptitudes, sino buscarlas y ayudarlas á desarrollarse. Debe tender, no á inculcar en los cerebros una ciencia hecha, indigesta por no comprendida, y por consiguiente inasimilable.

Apartando las fórmulas consagradas, á provocar la reflexión del que estudia deben encaminarse los esfuerzos del que enseña. Suscitar sus preguntas y sus objeciones; tal debe ser su propósito.

Ensanchar el cerebro, pero respetar la individualidad del alumno. Despertar su curiosidad, su iniciativa; ponerle ante opiniones

contradictorias, para que se ejercite su espíritu de crítica y de deducción; llevarle á que no acepte las explicaciones dadas sino cuando las hayá á su vez hecho pasar por su propia crítica. He ahí lo que hay que hacer.

Si no se sabe dar á la educación un aspecto atrayente, inútiles son los castigos y las recompensas, que, por el contrario, resultan perjudiciales.

Para despertar la actividad del alumno, el placer que en ella encuentre será bastante. Tolstoy, en su libro *La escuela de Yasuaìa Poliana,* nos lo demuestra perfectamente. Las lecciones serán siempre consideradas demasiado cortas.

***

Acaece, por otra parte, lo propio con el trabajo de los adultos. Cuanto más duros y largos son los minutos que pasamos en el trabajo impuesto, más viva y ligeramente pasan las horas consagıadas al trabajo que nos gusta, elegido por nosotros.

Enseñar al individuo á desarrollarse en to-

das sus virtualidades, á obrar con arreglo á su naturaleza, á sus tendencias, á sus afinidades, á sus concepciones; enseñarle á no esperar nada fuera de su iniciativa, á no soportar más obstáculos que los producidos por las circunstancias; á respetar las iniciativas de los otros para poder hacer respetar la propia; he ahí el primer trabajo de la educación, trabajo del cual ahora experimentamos la más apremiante necesidad.

***

Otro punto de la enseñanza racional es la coeducación de los sexos.

No somos de ésta los promotores, puesto que ya el amigo Robin habíala ensayado con resultados bastante halagüeños para que el sistema sobreviviera á su destitución.

Por otra parte, no tenemos la pretensión de haber descubierto la América. Sabemos que todo cuanto podamos ahora decir otros lo dijeron antes que nosotros, que nos limitamos á recoger las ideas diseminadas y á tratar de coor4inarlas lo mejor que nos sea posible. Que

es una tarea bastante bella y de la cual son muy pocos capaces.

Pero volvamos á nuestro proyecto.

Dar á los muchachos y muchachas la costumbre de tratarse como camaradas, hará mucho más por la emancipación de la mujer que todas las leyes reclamadas por el feminismo. Mucho más, sobre todo, que los pretendidos derechos con que quieren obsequiarle y que no son sino caza-tontos.

El hombre sabe algo de esto para haber gastado bastante por cuenta propia.

En su primera edad, muchachos y muchachas confúndense en sus juegos. Mas, en cuanto comienza á despertarse la edad de la razón, se les separa y se les educa aparte, como si fueran especies disemejantes, llamadas á vivir una vida distinta.

Nada se les dice; pero se desprende de todas nuestras costumbres, de toda una literatura, de todas las conversaciones, que la mujer es una presa á la cual el hombre habrá de dar caza cuando sea grande y que sus méritos serán proporcionados al número de piezas que haya derribado.

Y la mujer sabe por los mismos medios que el hombre es un ser brutal, egoista, que deberá tratar de domar y de encadenar por todas las gracias y la duplicidad de que pueda ser capaz.

***

El amor, si hemos de juzgar por nuestra literatura, bastaría casi por sí solo para llenar el marco de la actividad humana.

Todo enseña al niño, al joven, á la niña, á la mujer, que están hechos para amar.

Pero se les tiene al uno lejos del otro.

Después de haberles descrito lo más á lo vivo las dulzuras del amor, se hace lo posible para convertirlos para ellos en un misterio; si no se les dice que es una cosa repugnante de consumar, al menos se les hace suponer.

Los sexos son un misterio el uno para el otro. Su imaginación, sobreexcitada, les hace mirarse como una cosa que se teme, pero se arde por conocer. Todo el ser encuéntrase inclinado hacia ese desconocido; las demás facultades son aniquiladas por este rato.

Así, cuando es llegada la hora de la emancipación, tiene lugar un impulso irresistible, y el amor, que debía ser la unión armónica de dos seres, á menudo no es otra cosa que el encuentro de dos necesidades físicas sobreexcitadas de las que no quedará nada una vez satisfechas.

Siendo una función normal el amor, y estando la mujer y el hombre llamados á vivir uno al lado del otro toda la vida, ¿por qué envolver en el misterio esta función orgánica, cuando á diario se cumple ante nosotros, no obstante la gazmoñería de nuestros educadores?

¿Por qué los sexos no han de acostumbrarse, desde su primera edad, á conocerse, ya que este conocimiento ha de serles indispensable para saber orientar su vida?

¿No es acostumbrándonos á ver las cosas tal cual son como nos formaremos una concepción clara de la existencia, atrincherándonos así contra las confusiones irreflexivas que llevan tras sí crueles decepciones, que no son otra cosa que la consecuencia de nuestras falsas nociones de la realidad?

Aprendamos á hacer respetar nuestra personalidad; aprendamos á respetar la de todo ser humano, y habremos dado un gran paso hacia la común liberación.

---

*

La burguesía se alaba de haber propagado la instrucción.

Es verdad. Hoy día tenemos muchos menos individuos que no saben leer.

Pero ¿quiere esto decir que sean más inteligentes?

Por desgracia no es así, porque la instrucción que proporciona el Estado puede, si, hinchar el cerebro, mas no lo ejercita ni lo desarrolla.

Y muchas de las gentes que se envanecen con la idea de «la ilustración» dada á sus descendientes, me recuerdan un sucedido que me refirió una señora inglesa amiga mía, la cual había vivido algún tiempo en España y había estudiado algo sus costumbres.

Dicha señora había trabado conocimiento

con un buen obrero, sobrio, honrado, laborioso, lleno de amor propio y de dignidad, como lo son en aquel pais la mayor parte de los trabajadores.

El apreciable hombre hablaba á la inglesa de su familia; de sus muchos hijos; cómo les había educado y encaminado en la vida,

Diego era aprendiz de carpintero, Alfonso de zapatero, Carmen aprendía el oficio de modista, Pedro aprendía á ser ciego.

—¡A ser ciego!—exclamó horrorizada la señora.

—Sí, á ser ciego. He dado un buen oficio á cada uno de mis hijos.—Y el padre se irguió aquí con altivez.—Pero el de Pedro es el mejor de todos. Y es que me parece que tengo por él alguna preferencia.

Y explicó entonces á la señora escandalizada lo mucho que pagaba por el tratamiento del afortunado Pedro, á quién se debilitaba la vista por un obscurecimiento gradual de sus bellos ojos vivos y atrevidos. No serían necesarios más de dos ó tres meses para que estuviese ciego completamente. ¡Y es tan bella carrera la del mendigo ciego!

El padre estaba orgulloso, ciertamente, de los sacrificios hechos por cada uno de sus hijos. Pero los que más le enorgullecian eran los que en favor de Pedro hiciera.

En nuestro estado social, todos los padres están á la misma altura cuando se alaban de la educación de sus hijos.

Dan á la Universidad inteligencias despiertas, atrevidas, deseosas de ver y de aprender. La operación pide algo más de dos ó tres meses, pero los resultados no serán por ello menos completos. Se les devolverán seres sin virilidad que, por miedo á la lucha, no tendrán más que un objetivo: meterse en cualquier oficina en que no hayan de reflexionar, en que no tengan que inquietarse por el mañana.

Las injusticias más irritantes se perpetrarán ante ellos sin que sus ojos las vean. Las quejas de las víctimas se elevarán, estridentes, junto á su oído, sin que las oigan. La educación universitaria habrá hecho su obra interponiendo entre ellos y la realidad el velo de las hipocresías y de las conveniencias, obscureciendo para siempre, totalmente ó en parte, la luz de la verdad.

***

¿Quién de nosotros puede alabarse de haber conservado la visión intacta?

Nuestra educación falseada nos impide ver las cosas tales como son. La plena luz nos molesta, nos hacen falta lentes, sombrillas, cortinas, pantallas que nos tamicen la luz, no dejándola penetrar sino gradualmente, de modo que no fatigue nuestros pobres ojos desacostumbrados del pleno sol.

¡Cuántas ideas, cuantas concepciones tenemos así, en algunos rincones de nuestro cerebro, que creíamos excelentes, cuya exactitud hubiéramos sostenido en todos los terrenos!

Mas cuando, en contradicción con los hechos, las analizamos, las pasamos por la crítica, nos percatamos de que no sabemos de dónde proceden, de que se formaron en nuestro espíritu no sabemos cómo. ¡Y cuántos pasan así toda su existencia recobrando religiosamente ideas así recibidas, sin haber sabido nunca analizarlas!

He aquí por qué el progreso ha sido tan lento, no se ha hecho sino á la luz de las hogueras y, en el siglo del vapor, de la electricidad, gran número de personas profesan aún las creencias de la edad de piedra.

***

En la escuela tal cual la comprendemos, el niño aprenderá á mirar la vida según es, á abrir los ojos sin miedo, á mirar de frente las cosas, y á los hombres sin temor; aprenderá á buscar, á examinar, á pesar, á discutir, á criticar, no aceptando una solución sino cuando su razonamiento se la indique como lógica, y no porque se le haya dado por tal.

A esta hora, en la cual se forman ligas para enseñar á los individuos á respetar las leyes, despreciando á los que se hallan encargados de asegurar su ejecución, y á otros á despreciar las leyes para reservar toda su fe para aquellos que las interpretan; en la cual otros tienen la sencillez de creer que podrán hacer que el individuo respete las leyes y á los que las hacen, nosotros nos proponemos sencillamente enseñar á los individuos que deben res-

petarse y hacerse respetar, sin leyes, contra las leyes y á pesar de sus parásitos.

Y obrando de este modo, tenemos la conciencia de que hacemos una excelente obra revolucionaria.

Porque, cuando haya crecido el número de indivíduos conscientes de su ser, de su papel en la vida, de su fuerza y su voluntad, habrán acabado los directores y explotadores; pues, no esperando ya su emancipación de causas que les son exteriores, sabrán vivir cual lo concibieran, derribando lo que tratare de ser un obstáculo á ello.

EL MAQUINISMO

La revolución es fatal, hemos dicho, y, para el que estudia los fenómenos sociales, no es una afirmación sin base, no es más que la comprobación de una verdad que nos mataría la vista, si la complejidad de esos mismos fenómenos no nos ocultase su marcha real, encadenando sus efectos de tal suerte que, con mucha frecuencia, tomamos los efectos por las causas y las causas por los efectos.

Así es como muchos trabajadores, heridos por el hecho brutal de su reemplazamiento por el maquinismo profesan odio á éste y han llegado á desear su supresión, sin percatarse de que no por eso dejarían ellos de hallarse en el estado de máquinas de producir, y que la supresión de las máquinas no les aportaría sino una mejora relativa y momentánea, que no tardaría en desaparecer por la rapacidad de los explotadores.

En la sociedad actual, esto es evidentísimo, la máquina ocasiona un gran perjuicio á los

trabajadores, digan lo que quieran los economistas que hacen resaltar que los útiles mecánicos economizan las fuerzas del obrero, que reduciendo los gastos de producción hacen más bajo el precio de los productos, del cual se aprovechan los obreros en su calidad de consumidores.

Este no es sino bello el aspecto de la cosa, que sería verdad enteramente si la sociedad estuviera mejor organizada; mas, en la actualidad, en lo que respecta á la explotación del capital, eso está muy lejos de ser exacto.

Produciendo más rápidamente, la máquina ha venido á aumentar al propio tiempo el consumo, haciendo disminuir los precios de los productos.

Esto es verdad, pero tal disminución, si ha aportado algunos beneficios á los trabajadores, no puede esto ser sino en una proporción muy limitada, dado que su salario no le permite satisfacer sino una muy mínima parte de las necesidades que experimenta.

La facultad de consumo se ve, pues, limitada á consecuencia de esto, mientras que el

poder productivo de la máquina en nada es limitado.

Ó al menos, sí, es limitada por las necesidades del consumo; limitación que va contra el trabajador, porque, produciendo indefinidamente la máquina y no operándose el consumo, resultan de tal orden de cosas las suspensiones de trabajo, la miseria para aquel que sólo cuenta con el producto de su trabajo para vivir.

Además de esto, por sus movimientos combinados y regulados de antemano, que se operan automáticamente, la máquina ha hecho bajar la instrucción profesional. Se aprende más fácilmente á cuidar de una máquina que á fabricar todas las piezas de un objeto y este objeto.

En gran número de profesiones, al cabo de ocho días de práctica, un individuo es capaz de dirigir su máquina, cuando antes hubiera necesitado muchos años de aprendizaje para ser capaz de producir una muestra de los objetos que á cientos van á salir de los engranajes del obrero de hierro.

Esta facilidad de adaptarse á un oficio podría ser provechosa, sin duda alguna, al obre-

ro, permitiéndole hallar trabajo en otro oficio cuando en el suyo no le hubiere.

Mas, aun ahí, la organización capitalista ha sabido hacer que la ventaja sea para el capital.

Cualquiera que, antes de que la maquinaria invadiese la industria, fuese la rapacidad de los capitalistas, había consideraciones que se veían obligados á tener en cuenta en cierta medida, lo menos que podían ciertamente, pero había límites que no podían franquear, y cuando tenían un personal hábil, ejercitado, inteligente, se encontraban en la obligación de hacer ciertos sacrificios á fin de conservarle.

Hoy día no hay necesidad de nada de eso; con tal que tengan uno ó dos hombres que conozcan el modo de proceder de la casa y capaces de instruir á un nuevo personal, están conformes. El resto no es otra cosa que un vulgar rebaño al que se recurre cuando se necesita y al cual se pone en medio del arroyo cuando no hay en qué ocuparle.

Además, esta facilidad de reemplazar su personal ha hecho á los capitalistas mucho más exigentes y arrogantes.

En otro tiempo, un obrero consciente de su valer podía permitirse enviar á paseo á su Señor patrono cuando éste le molestaba demasiado.

Hoy día no es bastante ser un buen trabajador, conocer bien el oficio; se ha de ser humilde y sumiso á Su Excelencia el capitalista. No falta personal en el mercado; la fuerza, la actividad y la inteligencia son mercancías comunes; y exígese al propio tiempo la humildad y la estupidez.

Y no paran ahí los nefastos efectos de los útiles mecánicos.

Estar todo el día ocupado en seguir las evoluciones de una máquina para ver salir de ella un pedazo de hierro estampado, tarea es que no tiene nada de recreativa y que no puede ensanchar el cerebro; y, cuando este trabajo repítese todos los días, sin tregua ni reposo, durante años y años, se comprende que el que sólo esto hace toda la vida sea incapaz de otra cosa, si esta ocupación llega á faltarle, y que esta incapacidad le ponga á merced del que le explota.

A todas estas causas de ruina para el obrero ha de añadirse la substitución de éste, con las nuevas herramientas, por mujeres y niños; y no admirará que, no viendo más que los efectos que «parecen» derivar de su introducción en el mundo industrial, achaque á estas herramientas los males que padece.

---

*

Basta pasear la mirada en derredor para ver que describimos exactamente lo que ocurre.

En cada corporación, el obrero desaparece para dar lugar al especialista.

Cuanto á este último, sujeto al movimiento regular y automático de la máquina cuya velocidad se acelera de día en día, su atención sufre una tensión tal de esfuerzo exigida por su labor cotidiana, que su trabajo se torna más fatigoso que cuando le hacía sin el auxilio de la máquina.

La substitución del obrero-hombre por el elemento mujer y niño, y la facilidad del aprendizaje, no son las solas razones de la

suspensión del trabajo, pues, por el contrario, son las menores causas de ésta.

La máquina, con diez, veinte, treinta obreros, hace el trabajo que en otro tiempo habría necesitado treinta, cincuenta, cien.

Ciertas modificaciones permiten á veces hacer con uno ó dos hombres el trabajo de muchos cientos.

Mientras el industrial necesitaba en otro tiempo seis meses para satisfacer un encargo, en la actualidad se hallará en condiciones de salir del paso en quince días, con la mitad menos de personal.

Antes, el industrial se veía obligado á fabricar de antemano para hallarse en situación de satisfacer los encargos que preveía; por fuerza tenía entonces que complacer á su personal, á fin de tenerle siempre allí, á mano; de tal modo amortigüaba las causas de huelga; sus herramientas mecánicas eran lo más rudimentarias, necesitaba poder contar con un personal ejercitado; aun cuando las demandas bajasen un poco, se veía obligado á ingeniárselas para conservar su personal.

Ya no ocurre lo propio.

Con las máquinas que reemplazan á cientos de obreros, con el innumerable ejército de personas sin trabajo que espera, todas las mañanas, á la puerta de la fábrica, el capitalista no tiene necesidad de inquietarse por los que despide en los tiempos de escasez de pedidos.

¿Sobreviene un encargo?

En seguida se llama á diez, á veinte trabajadores, según las necesidades.

¿Satisfecha aquella demanda, no se tiene otra?

Muy bien, se despide á todo el mundo.

Y la dura peregrinación á través de las calles, la larga fila á las puertas de las fábricas, á las horas de apertura, empezará de nuevo, con sus esperanzas, sus decepciones y sus angustias.

Antes, se salía por la mañana, se llamaba á la puerta de las fábricas y se hacía su oferta de servicios: de tal modo se podían visitar en un día muchos talleres.

En la actualidad se ha de estar desde por la mañana á la apertura de la fábrica para su-

frir la revista del contramaestre, que, pudiendo elegir, contrata á quien le conviene.

Con tal sistema, el que no es admitido ha perdido la jornada, porque, abriéndose los talleres casi á la misma hora, es demasiado tarde para correr inmediatamente á otros.

Y así es cómo, de día en día, de mejora en mejora, la explotación capitalista se perfecciona, hácese más sabia y permite al capitalista economizar tiempo por medio de la combinación de sus movimientos.

Pero esta mejora opérase á expensas de los trabajadores; ellos son los que, en definitiva, pagan los gastos; por cada día se sienten más encadenados, un poco más miserables.

---

*

Pero los economistas, gentes muy sensatas y llenas de ciencia—ellos lo dicen—no vacilan en responder á esto:

«Hay miseria, es verdad. Pero todo consis-

te en que el planeta aún no se halla adaptado á nuestras necesidades.»

«Cierto es, añaden hipócritamente, que nuestra sociedad es muy culpable, que despilfarra muchas fuerzas, pero, en fin, la evolución sigue su curso natural, y no tenemos más que inclinarnos ante los hechos.»

«Los socialistas—continúan los economistas en el uso de la palabra — quisieran partir la fortuna de los capitalistas.

«¿Qué resultaría de esto para cada cual?

«¡Una miseria!

«¿No es preferible que unos continúen teniéndolo todo mientras los otros siguen muriéndose de hambre? Estos últimos tienen al menos la satisfaccion de saber que la qarte de que se ven privados contribuye á aumentar el bienestar de una clase de individuos muy interesantes—sí, ya os entendemos—y que son lo escogido de la humanidad.»

Hasta han hecho el cálculo de lo que esta partición podía dar.

Novicow (1) estima toda la fortuna de Fran-

(1) En su obra *Las luchas entre las humanas sociedades.*

cia en doscientos mil millones, que, divididos entre todos los habitantes, según sus cálculos, dan 21.000 francos por cada familia de cuatro personas.

Y, siempre en el concepto de dicho autor, estos 21.000 francos por familia sería una miseria.

De donde deduce que no vale la pena de partir; que la miseria es una cosa independiente del capital, que todo está, sino lo mejor, al menos todo lo bien que puede estar.

No le desagrade al señor Novicow, el cual es, á lo que parece, un riquísimo banquero, que todo el mundo no experimente el mismo desdén aristocrático que él por tan pequeñas sumas. 21.000 francos, colocados al 3 por 100, producen 630 francos al año. 630 francos no bastarían para mantener á una familia sin trabajar, esto es evidente, mas que el salario de las familias obreras se encontrase así aumentado en 600 francos; sería mucho más de lo que algunos se atreven á pedir.

Niveladas de tal manera las fortunas, no habría lujo, es verdad, pero tampoco habría

individuos que se muriesen de hambre: lo cual merece muy bien ser tenido en cuenta.

Pero, á la hora actual, nadie se dispone á partir las fortunas; se quiere, por el contrario, ponerlas en común, para hacerlas producir á gusto de todos, á fin de que no sirvan exclusivamente para el placer de algunos.

Lo que hace la miseria, no es el que unos pocos hayan acumulado capitales, sino el que se sirvan de estos capitales para poner trabas á la producción.

Cuando un industrial no tiene pedidos, disminuye su producción; los obreros, no trabajando, disminuyen su consumo; otra causa de paralización de la producción.

Si el comerciante no formula más pedidos en cuanto sus almacenes están llenos, lo hace porque no se le compra, no porque falten los productos.

Háganse los pedidos, y en seguida la actividad volverá á mostrarse.

Los trabajadores se ven obligados á esperar á que los almacenes estén vacios para poder trabajar.

¿Los señores economistas querrían explicarnos por qué la producción disminuye siempre así; por qué nunca se vió cerrarse una fábrica por no encontrar productos que fabricar; en qué consiste que una acumulación de riquezas es lo que excita la miseria?

Cierto economista ha pasado rozando la explicación, en una de sus obras (1), en la cual explica que el gran error de los hombres es incorporar la riqueza al oro, á la moneda, que no es más que una representación de ella, mientras que la verdadera riqueza consiste en los objetos de consumo.

En efecto, la moneda no es otra cosa que un medio de cambio; no existe sino en número limitado. Su fabricación obedcce á leyes.

Esta representación de la riqueza circula, es cierto, entre diferentes manos, pero algunos han logrado acapararla y, con ella, gobiernan á la humanidad.

La tierra, las minas, el mar, no piden más que inundarnos con sus productos; las máqui-

(1) *Los despilfarros de las modernas sociedades.*

nas se hallan prontas para transformarlos con arreglo á nuestras necesidades; los que no tienen más que sus brazos para vivir no piden otra cosa que ocuparlos.

Pero, por desgracia, no es esto bastante.

Antes de producir otros objetos cuya aglomeración despreciaría el valor de los que hay en almacén, los que se han apoderado de los medios de producción quieren colocar los productos que poseen y detienen la producción.

Y he aquí lo que hace que una gran riqueza entre ciertas manos engendre una gran miseria en los productores.

Los que desean una sociedad en que todas las necesidades puedan ser satisfechas no piden, pues, la partición de las riquezas existentes, sino una organización social en que el egoismo de los unos no puedan ser perjudicial á los otros.

---

*

Pero volvamos á los útiles mecánicos.

Los economistas se extasían al pensar en el trabajo inmenso que ha necesitado la fabricación de las herramientas existentes, y el bienestar que esto ha aportado á los trabajadores.

Es un hecho que, durante todo el período en que el industrialismo comenzaba á desarrollarse, la construcción de los útiles que creaban ocupaciones nuevas á los que suplantaba en el taller á medida que avanzaba su construcción, el equilibrio se ha mantenido por espacio de algún tiempo, hasta inclinándose á favor de los trabajadores; pero esto no ha sido sino temporal y de corta duración, una generación apenas. En la actualidad, el equilibrio se ha roto en favor del capitalismo.

Los útiles se han ido perfeccionando gradualmente; hay un material capaz de proveer á todas las necesidades, que no pide más que ser mantenido, operación que requiere un personal mucho menos considerable que cuando era menester construir pieza por pieza.

No obstante la mejora momentánea de que han gozado los trabajadores, sus medios de consumo han sido siempre los más limitados;

muchas de sus necesidades han debido quedar «por satisfacer»; la aglomeración de productos acumulándose en los almacenes ha llegado; atrevidos especuladores se han aprovechado de ella para producir el alza ó la baja, según sus intereses, para arruinar á los competidores, para negociar á su guisa: mas esto no ha vaciado los almacenes. El comercio se muere de plétora y los trabajadores de hambre, junto á los productos que se han fabricado.

Durante largo tiempo se vino creyendo que las conquistas coloniales servirían de lugar de colocación á ese exceso de mercancías que nos «embarazan»; pero cada vez se hacen éstas más difíciles de colocar, por haberse las «grandes» potencias apropiado casi por completo lo que era apropiable.

Además, no ha bastado explotar comercialmente á las poblaciones á las cuales se iba «á proteger», se las ha querido explotar industrialmente también. Se las ha sometido á un régimen que no podía convenirlas.

Y el resultado no se ha hecho esperar: las razas más vivaces fueron de tal modo satura-

das por los beneficios de la civilización, que morían al cabo de dos ó tres generaciones. Los raros individuos que sobrevivieron á las matanzas sistemáticas perecen lentamente víctimas de la tisis, el alcoholismo y la sífilis.

Allí donde lo numeroso de los habitantes era capaz de fatigar los esfuerzos de los civilizadores, y capaz, por su prolifidad, de tapar los huecos que hacía la civilización, las poblaciones pudieron mantenerse; pero comiénzase á someterlas bajo el nivel industrial. Empiezan como las Indias, por ejemplo, á inundar los mercados con sus productos y á hacer la competencia á los productores de la «Madre Patria», esa garganta que se traga sus hijos.

Así, á consecuencia de tan bello régimen, los «krachs» financieros se precipitan, continúan haciendo el malestar general aún más pesado.

Los negociantes de mala fe aprovéchanse de esto para organizar gigantescos robos de capitales, por promesas de dividendos insensatos, en el deseo cada cual de enriquecerse lo antes posible, volviendo la espalda al trabajo,

que no sólo no enriquece al que lo practica, sino que ni aun existe para todos.

Cada cual vende lo que puede, hasta cuando no tiene nada— ¿no se ha hablado de políticos que vendieron su conciencia?

En resumidas cuentas, los capitales afluyen cada día más entre las manos de una minoría que poco á poco se limita, precipitando á diario en el proletariado á algunos pequeños rentistas, pequeños propietarios, industriales y comerciantes que se dejaron coger en los engranajes de la especulación.

Para atraerse á estos últimos, ciertos socialistas se apiadan de su suerte.

Nosotros no tendremos tal hipocresía, porque su suerte no nos conmueve poco ni mucho y juzgamos que el que nunca conoció más que la miseria es mucho más interesante que el que no buscó su bienestar sino explotando á los otros.

En la clase de los capitalistas de baja estofa es donde se hallan los más feroces reaccionarios, los más despiadados explotadores; su avaricia y su amor al lucro se encuen-

tran en relación directa de todo el lujo que ven por encima de ellos y que esperan alcanzar haciéndose cada vez más rapaces.

Cuando los grandes financieros, con ayuda de sus promesas engañosas, les arrebatan su modesto peculio y sumérjenlos en el fondo del abismo de que querían salir trepando sobre los hombros de los otros, no tienen mas que lo que merecen, cosechan los frutos de su ceguera. Su interés bien entendido los aconsejaba ponerse del lado de los trabajadores, solidarizar sus intereses con los de éstos, intentar juntos su emancipacion; su egoismo. su ansia de lucro y su vanidad, los impulsaron hacia los grandes explotadores: ¡peor para ellos si éstos los aplastan!

«El que quiera enseñar á otro, enséñese á sí mismo»— dice el viejo proverbio. Esta vez, la sabiduría de las naciones tiene razón, cosa que no le ocurre á menudo.

---

*

Los trabajadores no saben entenderse entre sí; que es lo que hace su debilidad.

Pero los burgueses, por dicha, si están unidos para explotar al trabajador, no lo están mucho para la defensa de su sistema.

La competencia desenfrenada, la competencia á muerte que rige su sociedad reina entre ellos con la misma intensidad que entre sus víctimas.

Su saciedad es una caza en que todos se precipitan, ardientes, sobre la pieza, empujándose, echándose unos sobre otros, pisoteándose por llegar los primeros, cada cual defendiéndose á su vez para disputar al contrario la presa, de la cual todos quieren parte.

El cuerno ha sonado desde los comienzos de la caza, y la distribución de los desperdicios ha principiado en seguida, contínuándose luego sin interrupción, por renacer bajo los golpes de los cazadores su infeliz víctima, que ellos descuartizan para apoderarse de sus pedazos.

Pero esta víctima no está muerta, puede ponerse de nuevo en pie, se levantará gracias á la división de los burgueses que, solidarios en la idea de la explotación, no lo son ya en el modo de operarla.

Si los burgueses pudieran hacer caso omiso de sus intereses personales para favorecer sus intereses de clase, la situación sería insoportable para los trabajadores.

Del acuerdo de los burgueses, resultaría un conjunto de medidas que harían sufrir á los trabajadores bajo su yugo por tiempo indefinido.

Felizmente este acuerdo es imposible, y el amor del lucro individual les gobierna hasta el punto que ya no comprenden el interés de la clase, y las ambiciones políticas les llevan á hacerse la guerra unos á otros.

Y, haciéndose la guerra, se ven obligados á cruzar golpes; y estos golpes son su sistema de explotación que, en definitiva, sufre los efectos destructores: poco á poco arrancan un extremo de la careta, desvelan una fealdad que, mostrándose al sol, hace reflexionar á los

trabajadores, les arranca el respeto de un orden de cosas que se les había acostumbrado á mirar como inmutable.

---

*

Las faltas de la burguesía contribuyen en tan gran parte, como la propaganda socialista, á la demolición del orden burgués.

El sistema produce por sí mismo el gusano roedor que lo mina.

Es de toda lógica que lo que se halla anormalmente constituído produce las causas que lo desunirán.

No nos quejemos; lo que hacen es una parte de lo que nosotros hemos de hacer.

Lejos no están los tiempos en que los que aún tienen miedo á la Revolución lleguen á mirarla con menos espanto.

La sociedad misma les inducirá á buscar esa conmoción que debe desembarazarlos de los abusos de que son objeto.

La idea de rebelión gana terreno de día en día; se incrusta gradualmente en los cerebros, se esparce por el aire, formando una segunda atmósfera que los individuos respiran y de la cual se impregna todo su ser.

Dejémosla ganar algún terreno más, lejos no está el día en que bastará un pequeñísimo choque para que estalle, arrastrando, en su torbellino, al asalto del poder, á la destrucción de los privilegios, á los que, actualmente, no miran la lucha sino con temor y desconfianza.

Ea, trabajadores, cierto es que en la sociedad de hoy las máquinas os perjudican. Ellas son las que os quitan el trabajo, las que ocasionan vuestras escaseces, las que hacen que bajen vuestros salarios; ellas son las que, en un momento dado, poniendo á muchos de vosotros en medio de la calle, os obligan á luchar unos contra otros para disputaros la pitanza que os sirven por raciones vuestros amos, hasta que el exceso de miseria os obliga á tomar extremas resoluciones.

Pero ¿es en efecto á ellas á quienes os debéis quejar de todo este daño?

¿Es á ellas á quienes debéis reprochar el que ocupen vuestro lugar en el trabajo?

¿No os satisfaría no tener más que cruzaros de brazos y mirarlas producir en vuestro lugar y puesto?

¿No sería el más bello ideal que pudiera ofrecerse á la humanidad el de domar las fuerzas naturales para hacer accionar estos útiles mecánicos, para hacerles producir la riqueza para todos, pidiendo para ello menos esfuerzos á los individuos?

Pues bien, camaradas, eso puede hacerse, se hará si vosotros queréis; si os sabéis desembarazar de los parásitos que, no sólo absorben el producto de vuestro trabajo, sino que además os impiden producir con arreglo á vuestras necesidades.

La máquina es un mal en la sociedad actual, porque tenéis amos que han sabido hacer operarse en su provecho exclusivo todas las mejoras que el genio y la industria del hombre han aportado á los medios de producción.

Si estas máquinas perteneciesen á todos, en lugar de ser propiedad de una minoría, las ha-

ríais producir sin tregua ni reposo, y cuanto más produjeran más felices seríais, porque podríais satisfacer todas vuestras necesidades. Vuestra producción no sería limitada más que por vuestra facultad de consumir. Cuando vuestros almacenes estuvieran llenos, no os divertiríais produciendo cosas de las cuales no tuvierais necesidad, esto es evidente; pero entonces gozaríais en paz de vuestro reposo, no tendríais el temor de la miseria como hoy cuando no trabajáis.

En la sociedad actual, cuando descansáis por fuerza, no sois pagados; con una organización distinta en todo, desaparecido el salariado, tendríais la disposición de lo que producís y su acumulación sería para vosotros la riqueza y no la miseria.

En estas condiciones, las mápuinas serían un beneficio para vosotros.

Por consiguiente, no son ellas la causa de vuestra miseria, sino aquellos á quienes sirven como medios de explotación.

Compañeros de miseria, cuando, enervados por un largo descanso, cuando, desespera-

dos por privaciones de todo género, lleguéis á maldecir vuestra situación y á pensar en los medios de aseguraros una mejora, fijaos para atacarlas en las verdaderas causas de vuestra miseria, en la organización capitalista, que hace de vosotros *las máquinas de las máquinas;* pero no maldigáis esta clase de útiles, que os libertarán de las fuerzas naturales si os sabéis libertar de los que os explotan. Ellos os darán el bienestar... si de ellos os sabéis hacer los amos.